



# WORLD WARCRAFT

MIDNIGHT

# EL LEGADO DER LOS AMANI

GRAHAM ROSWELL

**HISTORIA**  
**GRAHAM ROSWELL**

**ILUSTRACIONES**  
**MATT HUBEL**

**EDITORIAL**  
**CHLOE FRABONI**

**DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE**  
**COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI**

**ASESORÍA DE TRASFONDO**  
**SEAN COPELAND**

**ASESORÍA NARRATIVA**  
**ABIGAIL MANUEL**

**CONSULTORÍA CREATIVA**  
**RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN,**  
**STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN**

**PRODUCCIÓN**  
**BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,**  
**JT TORREA, TAKAYUKI SHIMBO**

**AGRADECIMIENTOS ESPECIALES**  
**VALERIE STONE, NATALIA HINDS**

**TRADUCCIÓN**  
**FRANCISCO DELMIRO (REVISIÓN DE MANUEL MATA**  
**ÁLVAREZ-SANTULLANO)**



© 2026 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard

Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



**U**n fuerte olor a hollín, hierro y tierra quemada impregnaba la sala. La luz que emanaba del fuego pintaba rostros solemnes entre las sombras y las llamas. Una pira ardía sobre un altar, crepitando al compás del suave murmullo de la voz de Kinduru.

El portavoz se inclinó ante una antigua piedra con forma de gran águila, con las alas extendidas y el noble rostro orientado hacia los cielos ocultos. Akil'zon, Madre de las Tormentas y los Cielos. En su día había sido una de los principales loa de los Amani, pero ya no. Los había abandonado.

Aun así, Kinduru danzaba. Golpeaba con los pies la tierra compacta al ritmo de los tambores que sonaban solo para él. Giró los brazos por encima de la cabeza y luego los extendió como si fuera a echar a volar.

De rodillas y junto al portavoz, Zul'jarra observaba a su tío rendir culto. Escuchaba cómo cantaba alabanzas a Akil'zon y suplicaba bendiciones que jamás llegarían.

«Menuda pérdida de tiempo», protestó una pequeña parte de ella.

Con una última nota persistente, Kinduru tomó un cuenco de madera del altar y lo alzó en señal de ofrenda y súplica. Se inclinó profundamente ante la gran águila y se volvió hacia Zul'jarra.

Ella sintió cómo se le enderezaba la columna, pero hizo todo lo posible por permanecer quieta, con las rodillas en el suelo, las manos a los lados y el cuerpo inclinado hacia adelante. Con suerte, todo aquello terminaría pronto.

—¡Akil'zon! —exclamó Kinduru—. Imprimimos tu marca en esta, la hija de nuestra elección.

Mojó un dedo en el cuenco tiñéndolo de un rojo intenso, que luego untó en los brazos, los hombros y el cuello de Zul'jarra.

—Me recuerdas a tu madre —murmuró mientras pintaba—. Pero veo la ferocidad de tu abuelo en esos ojos tuyos, tan agudos y peligrosos.

—No soy como él —respondió Zul'jarra con una ira que ardía como un veneno en el vientre.

La sonrisa de Kinduru se desvaneció mientras la observaba, aún arrodillada en el centro del círculo de antorchas, con el aire impregnado del humo y el empalagoso aroma de los aceites ceremoniales. El portavoz volvió a alzar la voz:

—¡Gran águila! Acoge su mente, su cuerpo y su espíritu bajo tu ala. Dale fuerza y sabiduría. Cuídala y guíala para que pueda hacer lo mismo por su pueblo. —Su mano sin pintura se posó sobre la cabeza de Zul'jarra—. Zul'jarra, de la estirpe de Zul'jin, futura jefa de guerra de los Amani.

Sus palabras eran firmes, pero la comisura de sus labios delataba su orgullo.

—Sigo sin entender por qué tiene que hacer esto. —Zul'jan estaba junto a su madre, fuera del círculo—. No entiendo por qué tienes que renunciar.

—No eres tú quien tiene que entenderlo —le espetó la jefa Zarama entre dientes.

La irritación de Zul'jarra reflejaba la dureza de la respuesta de su madre. ¿Por qué tenía su hermano que meter siempre el dedo en la llaga? Y precisamente ahora. Aquella ceremonia debería haber sido un momento de celebración para su familia. Los dos estaban ahí para presenciar su ascensión. En cambio, la tensión impregnaba por completo la sala.

—Te preocupas por tu hermana —prosiguió Zarama—, pero ella es fuerte. Más fuerte que yo.

Zul'jarra tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para evitar que su mirada se posara en las heridas de su madre. Las quemaduras estaban ocultas por una capa a la que Zarama se aferraba con fuerza mientras hablaba.

—Lo bastante como para disuadir a las otras tribus de desafiarnos.

—¿Y tú no? —replicó Zul'jan—. ¿La poderosa Zarama, que luchó sola contra un gnarldin bajo la luz de la luna? ¿La misma Zarama que, ensangrentada por la batalla, regresó a casa mostrando las cicatrices de la victoria?

Hacía unas semanas, la caravana de su madre había caído en una emboscada tendida por unos gigantes que vagaban por los bosques cercanos a su asentamiento. Le habían aplastado las costillas con un tronco en llamas y le habían roto una pierna. Ante tales quemaduras, hasta el trol más poderoso habría tenido dificultades para sanarse.

—Sin contar todo lo demás que has hecho —añadió Zul'jan con voz seca, haciendo que Zul'jarra volviera al presente—. ¿No es suficiente?

Cierto, pocos podían igualar a su madre, pero Zul'jarra había empezado a forjar su propia leyenda, y no como hija de Zarama. Su destreza en el combate era innegable. Había sido puesta a prueba no solo en los entrenamientos, sino también fuera de su poblado, durante misiones de reconocimiento y escaramuzas a lo largo de sus fronteras para salvaguardar las tierras que no habían sido robadas.

Zarama puso una mano sobre el hombro de su hijo.

—No tienes que defender mi nombre, ya se defiende solo. Pero estas heridas..., no creo que me recupere de ellas. —Apretó con fuerza la capa—. Si sigo al mando de la tribu, si me desafian y me derrotan...

No tuvo que terminar la frase. Todos entendían lo que eso significaría para su familia... Para su pueblo.

Zul'jan frunció los labios alrededor de sus colmillos.

—Pero puedes...

—Ya basta, Jan. —La paciencia de Zul'jarra se agotaba pronto cuando se trataba de los berrinches de su hermano—. Esto es así. Sabíamos que iba a ser así.

Zul'jan inclinó la cabeza en señal de respeto. No podía discutir esa verdad. Ella era la mayor; y ese era su camino.

Kinduru, que había permanecido en silencio durante la discusión —como solía hacer— carraspeó.

—¿Habéis terminado?

Zarama chasqueó la lengua y les indicó que continuaran.

TK

Zul'jarra se volvió para mirar a su tío.

—Como iba diciendo... —dijo mientras le ponía de nuevo la mano en la cabeza—. Zul'jarra, estirpe de Zul'jin, futura jefa de guerra de los Amani. Álzate y demuestra que eres digna.

Zul'jarra se puso en pie con dificultad, con las rodillas doloridas y las piernas entumecidas. Podía imaginarse a su tío contando que, cuando era joven, podía arrodillarse durante horas sin ningún problema. «Los jóvenes de hoy en día ya no rezan».

«Porque no hay nadie que nos escuche».

Una vez terminado, retrocedió y se inclinó.

—De una a la otra, que así sea.

Zarama se acercó a su hija, y su capa cayó suavemente, mostrando su propia palma pintada y un atisbo de la piel arrugada en los bordes de la carne marcada por las cicatrices. Aquella visión desgarró algo dentro de Zul'jarra.

Con una mano firme, Zarama dejó su huella en el rostro y el destino de su hija.

Zul'jarra vio un destello de dulzura en la mirada de su madre. Era algo tierno. Pero al instante desapareció.

—Las otras tribus esperan nuestra llegada. —Zarama cogió su hacha. Era un arma enorme, con púas tan largas como sus dedos alrededor del mango y una llama en el centro. Titubeó bajo su peso. Tanto Zul'jarra como Kinduru se acercaron a ayudarla. Incluso Zul'jan había dado un paso adelante, pero Zarama les hizo un gesto para que se apartaran y se recompuso echando los hombros hacia atrás y levantando la cabeza—. Demos la bienvenida al futuro de los Amani.



El trayecto desde el santuario de Akil'zon hasta el lugar de la reunión no era largo. Un único puente colgaba suspendido entre ambas estructuras, situadas en las dos colinas más altas. Amani'Zar se extendía a su alrededor. La aldea se había convertido en una especie de lugar de paso para cualquiera que llegara allí empujado por las armas y la magia de los elfos. Los colonizadores y sus aliados habían saqueado



las tierras de los Amani y los habían expulsado de sus hogares. Y eso a quienes no habían asesinado. Allí, al amparo del Confin de Akil'zon, se respiraba seguridad. Era un refugio, su tierra soberana, que en su día había estado bajo la protección de los loa. Los supervivientes se habían tomado un tiempo para recuperarse antes de seguir adelante con sus vidas, aunque algunos decidieron quedarse.

Y así, los Amani sobrevivieron en las sombras de las extensas ciudades que una vez habían poblado su imperio. Ciudades que Zul'jarra nunca había visto, pero que aún protagonizaban sus sueños, cada piedra colocada por las historias que contaban los ancianos.

Cuando ella y su hermano eran más jóvenes, su tío y su madre hablaban del pasado, de cómo los loa moraban en sus templos y los portavoces —entonces mucho más numerosos— invocaban sus bendiciones a diario, desde la unción de un nuevo jefe hasta el nacimiento de un niño. Los trols rezaban antes de comer, de viajar o de visitar a amigos y familiares; antes de cada cosecha e incluso antes de apostar en juegos o torneos. La fe en sus dioses impregnaba cada aspecto de la vida de los Amani.

«Nos bendecían a cada paso», solía decir Kinduru con mirada llena de asombro y nostalgia.

Pero ahora... Algunos dirían que los Amani tenían suerte de seguir con vida.

Mientras su pequeño grupo avanzaba, Zul'jarra vio caras nuevas mezcladas entre su gente. Aunque tal vez «mezcladas» no fuera la palabra adecuada: los visitantes permanecían en grupos compactos, aunque algunos se separaban para hablar con otros. La colorida armadura marrón y la pálida pintura de los Secacorteza eran fáciles de identificar. También lo eran los brillantes amarillos y los ardientes naranjas de los Sombrapino, así como los vibrantes verdes y azules de los Vilrama. Los huesos de sus máscaras hacían que fuera especialmente fácil distinguirlos.

De hecho, la cantidad de rostros blancos entre tanto verde era una sorpresa. Y una fuente de preocupación.

—Menuda fiesta, ¿no?

—Yo también lo he notado —murmuró Kinduru sin volverse—. Parece que Kol'anji ha cambiado a sus ancianos por guerreros.

Zul'jarra apenas pudo reprimir un gruñido. El tiempo que había pasado junto a su madre significaba que había asistido a muchas de las reuniones con los líderes de las otras tribus. De todos ellos, al que menos soportaba era al arrogante de Kol'anji.

—No veo a ningún Sañadiente —comentó.

—Ni yo.

—¿Les habrán atacado?

—Quizás —asintió Kinduru, aunque no parecía muy convencido.

Y ella tampoco. Que faltara toda una tribu no podía significar nada bueno.

Los guardias se colocaron a ambos lados de la entrada al salón de reuniones.

Al acercarse Zarama, se enderezaron y le saludaron. Los sonidos y los olores del lugar llegaron a Zul'jarra antes de que pudiera verlo: cuero engrasado, el aroma embriagador de las raíces y las hierbas del chamán y, por encima de todo ello, el olor acre del sudor.

En el interior, cada tribu había ocupado su lugar habitual alrededor del gran salón. Había tantos Vilrama que habían invadido el espacio reservado para los Sañadiente. Zarama se detuvo para saludar personalmente a los representantes de cada tribu, y Zul'jarra aprovechó la oportunidad para examinar la pared oriental de la sala.

Como era de esperar, una cara familiar sobresalía de entre las sombras. Una figura alta pero delgada se apoyaba contra una viga de soporte, con los brazos cruzados y unos penetrantes ojos verdes que examinaban lentamente a cada invitado. Zul'jarra esperó a que su mirada se cruzara con la suya, y entonces inclinó la cabeza en una silenciosa invitación. La figura se fundió entre la multitud y desapareció por un momento hasta reaparecer a su lado.

—Zul'jarra.

—Ral'ji. —Zul'jarra no le habló directamente a la figura, sino que mantuvo un ojo en su madre mientras esta terminaba con la ronda de saludos—. ¿Alguna noticia de los Sañadiente?

—Nada —respondió. Ral'ji era apenas un año mayor que Zul'jarra, pero era una de sus mejores exploradoras. Si algo no iba bien, ella lo descubriría—. He preparado un pequeño grupo de búsqueda, por si acaso.

—Infórmame de todo lo que encuentres.

Ral'ji hizo una reverencia y se alejó hasta salir del recinto.

—¿Y eso? —oyó que alguien murmuraba con curiosidad a sus espaldas. Sin duda, su hermano había escuchado la conversación, pero, afortunadamente no la había interrumpido.

—Solo sigo mi instinto.

Le lanzó una mirada con la esperanza de que entendiera que hablarían de ello más tarde, lejos de miradas curiosas y oídos indiscretos.

Zul'jan frunció el ceño. Claramente tenía más preguntas, pero las contuvo tras sus labios apretados.

—Ten cuidado o se te quedará así la cara para siempre —dijo Zul'jarra.

—Y, aun así, seguiría siendo el más guapo de los dos.

Zul'jarra sonrió por primera vez en horas. Y gracias a su hermano.

Su grupo volvió a ponerse en marcha. El murmullo de las conversaciones se apagaba a medida que pasaban y los presentes bajaban la cabeza o saludaban a Zarama. No dejó de percibirse de que varios Vilrama se negaran a mostrar sus respetos.

Zarama llegó a la mesa situada al fondo de la sala y tomó asiento detrás de ella. Zul'jarra se colocó a la derecha de su madre y Zul'jan a su izquierda, mientras que Kinduru hizo una ostentosa reverencia antes de apartarse por completo a un lado.

Zul'jarra siguió la mirada de su madre mientras esta se posaba en cada uno de los representantes de las tribus. Bueno, en dos de las tres tribus. Kol'anji permaneció sentado y esbozó una leve sonrisa burlona que se amplió cuando su mirada se cruzó con la de Zul'jarra, quien sintió un acceso de asco por todo el cuerpo

—Tenemos mucho de lo que hablar —comenzó Zarama.

La sala se llenó de gestos de afirmación.

—Nuestros exploradores nos informan de que se han establecido nuevas líneas de suministro desde el sur. Los elfos están construyendo algo tras sus murallas doradas. Debemos estar preparados para enfrentarnos a cualquier cosa. —La mirada de Zarama se posó en la sección vacía de los Sañadiente, aunque solo durante un instante—. Dicho esto, yo... he decidido dejar de liderarlos. Quiero que mi hija, Zul'jarra, ocupe mi lugar.

Al oír su nombre, Zul'jarra dio un paso al frente.

—La he entrenado para enfrentarse a cualquier peligro que se presente y para garantizar la seguridad de nuestro pueblo. Ha estudiado a nuestro enemigo, conoce sus tácticas y será su perdición. La leyenda de nuestra estirpe corre por sus venas.

La sala estalló en vítores y Zul'jarra sintió que el orgullo le inundaba el pecho. Había llegado su momento. Todo lo que su madre, su... su padre y su tío le habían inculcado conducía a este momento. Levantó la barbilla, tal y como había visto hacer muchas veces a su madre, la jefa de la tribu.

—Creo —intervino una voz desagradablemente familiar— que tenemos algo que decir antes de que eso ocurra.

Kol'anji se inclinó hacia delante flexionando los musculosos brazos, cubiertos de más cicatrices que piel.

Zul'jarra apretó la mandíbula con fuerza.

—Kol'anji —respondió Zarama con aplomo—. ¿Deseas decir algo?

El líder de los Vilrama esbozó una sonrisa que dejaba al descubierto todos sus dientes.

—Así es.

Se puso en pie con la enorme maza en la mano. La cabeza del arma estaba muy desgastada por la cantidad de enemigos que había aplastado hasta convertirlos en pulpa, y el pomo se había convertido en una retorcida lanza teñida de rojo. El trol levantó el arma con una mano y apuntó a Zul'jarra.

—Dices que esta cachorra conoce a los elfos. ¿Se ha enfrentado a ellos en algo más que escaramuzas fronterizas? ¿Ha mirado fijamente a sus filas, bajo la lluvia de flechas y el fuego en sus dedos y, aun así, ha decidido luchar?

No era la primera vez desde que había sabido que iba a ser jefa que Zul'jarra sentía un vacío en su interior. Una carencia con la que no sabía cómo lidiar.

—¡Nooooooooo? Qué sorpresa. —Kol'anji cambió de objetivo y señaló con un dedo a Zarama, que permanecía impasible—. Los fracasos de tu familia nos han costado lo poco que nuestros enemigos no nos han arrebatado. ¿Y ahora nos presentas a esta niña sin experiencia para que nos lidere?

Chasqueó la lengua, y el insultó resonó en todos los rincones de la sala.

—Me parece que no.

—¡Ahora?! ¡Precisamente ahora?! —Una furia ardiente invadió a Zul'jarra—.

TK

¡Mientras perdemos el tiempo con estas peleas, los elfos podrían estar preparando un ataque!

Una expresión de deleite se dibujó en el rostro de Kol'anji.

—Los elfos son el menor de tus problemas, muchacha. —Se pasó la lengua por los dientes rozando el anillo de cuero de uno de sus colmillos—. Invoco el derecho al duelo.

La sala explotó con gritos de traición por un lado y la exigencia de honrar el desafío por el otro. Zarama levantó las manos para pedir silencio, pero las tribus continuaron con sus imprecaciones. Los puños se levantaban empuñando las armas. Los insultos y las acusaciones volaban como lanzas.

—Pandilla de cretinos... —murmuró Zul'jan con fingido desinterés, pero con ojos muy abiertos que delataban preocupación.

Harta de todo el revuelo, Zul'jarra agarró el hacha de su madre que estaba sobre la mesa. La levantó por encima de su cabeza y, con un rugido, la dejó caer. La hoja golpeó el suelo con un sonido atronador, y una maraña de grietas se extendió por la piedra. Una mueca de rabia se dibujó en sus labios mientras recogía el arma del suelo fracturado.

—Vuestra jefa ha ordenado silencio —dijo a los allí reunidos mientras miraba con ira a Kol'anji, que seguía sonriendo.

Se hizo el silencio en el lugar mientras ella volvía al lado de su madre. La expresión de Zarama era indescifrable, pero la ira que había agitado a Zul'jarra aún brillaba en sus ojos.

—Muy bien —dijo Zarama, con una voz que era como la calma antes de la tormenta—. Aceptamos el desafío.



Fue un verdadero milagro que el cónclave se disolviera sin violencia. Kol'anji tomó a sus soldados y se retiró más allá de los límites del asentamiento. Las otras tribus volvieron a los alojamientos que se les habían asignado. La sala quedó vacía, con la excepción Zul'jarra y su familia. Aunque se había evitado una trifulca, aún quedaban muchos motivos por los que luchar.

—¡Déjame enfrentarme a él! —La irritación latía en las sienes de Zul'jarra.—  
¡No es más que un trol!

—Jarra... —comenzó a decir su madre mientras se masajeaba la frente.

—¡Puedo hacerlo!

—No —dijo Zarama, tajante—. Kol'anji puede ser una serpiente traicionera, pero sus colmillos están afilados, y su ataque es mortal.

Su mirada se posó de nuevo en el hacha que descansaba sobre la mesa. —Si lo que quiere es una pelea, yo se la daré.

La incredulidad se alojó en la garganta de Zul'jarra, ahogándola como un puño.

Antes de que pudiera decir nada, Kinduru intervino.

—Y perderás. No me mires así, yo estaba allí cuando entraste a rastras en la cabaña de sanación. Estabas hecha un desastre, pero gracias a los loa estás viva. Apenas te has recuperado lo suficiente para convocar este cónclave y asistir a la ceremonia; no sobrevivirás a un combate a muerte. Además, si tomas el lugar de Zul'jarra, no conseguirás más que dejarla en evidencia.

El portavoz miró a la esposa de su hermano y luego a su sobrina, antes de volver a mirar a la primera.

—Zul'jarra es la desafiada. La decisión es suya por derecho.

—¿Y qué pasa con el siguiente desafío? —dijo Zul'jan—. ¿O el siguiente? ¿O el que venga después?

Zul'jarra entornó los ojos y miró a su hermano.

—¿Por qué...?

—Kol'anji no solo busca pelea. Ha dicho que no eres digna. Aunque le ganes, eso no va a cambiar.

Por desgracia, su hermano tenía razón. A juzgar por las respuestas que se habían oído durante el cónclave, Kol'anji no era el único que pensaba así. Puede que tuviera que luchar contra las otras tribus durante el resto de sus días como jefa.

—En mis tiempos... —dijo Kinduru.

—Ya empezamos... —murmuró Zul'jan.

—En mis tiempos —repitió Kinduru con una mirada tajante a su sobrino—, el favor de un loa era suficiente para disuadir cualquier desafío.

—Los loa ya no están —le espetó Zarama con un chasquido de la lengua que evidenciaba que se le había agotado paciencia—. Ni tampoco su favor.

En momentos como aquel, era fácil sentir cómo la ausencia de los loa afligía a las tribus. Como un hueso roto que se hubiera dejado curar sin entablillar, su pueblo se estaba recuperando, pero llevaría aquella herida el resto de sus vidas.

—Los loa han desaparecido, pero su favor perdura. —Kinduru se volvió hacia Zul'jarra—. Debes ascender al templo de Akil'zon.

—¡Ni hablar! —gritó Zarama—. ¡La montaña es demasiado peligrosa!

—En el templo encontrarás un hacha —insistió Kinduru—. Akil'zon se la entregó a nuestro pueblo hace mucho tiempo. Los regalos de los loa llevan consigo su toque divino. Y aunque la travesía es peligrosa, no es imposible. Si regresas con el hacha, demostrarás a muchos que, aunque en silencio, los loa aún velan por nosotros. Por nosotros y por ti. Derrota a Kol'anji con el hacha. Demuéstrales que eres digna.

El silencio se extendió por la habitación. Cualquier réplica que hubiera preparado Zarama pareció marchitarse en su lengua al darse cuenta, al igual que los demás, de que probablemente esa fuera la única manera de garantizar la estabilidad del reinado de su hija. Cerró los ojos y exhaló un suspiro tan profundo que Zul'jarra sintió como sus propios hombros se hundían con él.

—¿De verdad quieres hacerlo? —preguntó Zarama con voz suave pero firme.

—Quiero hacerlo. Lo... necesito. —Zul'jarra asintió—. Tenga el favor de los loa o no, hacerlo demostrará que soy lo bastante fuerte como para liderar a nuestro pueblo y defender mi nombre. Kol'anji no podrá seguir diciendo que no se ha puesto a prueba.

Sin mediar palabra, Zarama se levantó y rodeó la mesa. Zul'jarra notó que cojeaba ligeramente de la pierna derecha, pero no dijo nada. Simplemente se echó en sus brazos.

—El desafío requiere dos días de preparación —le susurró Zarama al oído—. Puedo darte ese tiempo, pero si no regresas antes del tercer día...

—Lo haré, madre.

El abrazo se hizo más fuerte, casi hasta dolor.

—Vuelve a mí, ¿me oyes? Vuelve.

TK



Zul'jarra comenzó los preparativos tras haber tomado la decisión. La montaña no estaba lejos, pero la cima donde se encontraba el templo era alta, y los vientos mágicos que solían llevar a la gente hasta arriba se habían detenido el día que desapareció el loa. Sin la bendición de la Madre del Cielo, el ascenso era prácticamente una sentencia de muerte. Una sentencia que Zul'jarra estaba dispuesta a afrontar.

Sus ojos se posaron en los pertrechos que se extendían sobre la mesa situada en el centro de sus aposentos. Normalmente estaba cubierta de mapas y misivas, pero aquella noche había dispuesto las provisiones que necesitaría para emprender su viaje.

Alguien llamó a la puerta, lo que la distrajo brevemente de su tarea.

—Adelante.

Para su sorpresa, fue su hermano quien entró en la habitación. Observó la mesa cubierta de provisiones.

—Vas un poco ligera para un viaje de dos días.

—Es más que suficiente para lo que tengo que hacer.

Zul'jan se apoyó contra la puerta cerrada. Ninguno de los dos dijo nada mientras ella se preparaba, y el silencio entre ellos se hizo cada vez más denso hasta que su hermano decidió dar un paso adelante.

—¿Sabes? Hay otras maneras de derrotar a Kol'anji. Maneras que no implican arriesgar tu vida por un arma ceremonial que ya no significa nada ahora que los loa no están

No fueron las palabras en sí mismas, sino la forma en las que las pronunció —suavemente, como si compartiera un secreto— lo que hizo que Zul'jarra se detuviera y lo observara con atención.

—¿Como cuáles?

—Veneno.

—Tentador —admitió Zul'jarra—. Pero no.

—Nada tan fuerte como para acabar con él, solo necesitaríamos... ralentizarlo. Algo que le robe las fuerzas durante unos segundos. Lo suficiente para que madre...

—¿Así que tú también dudas de mí? —Zul'jarra se volvió para mirar a su hermano. Casi sin darse cuenta, frunció los labios y levantó las cejas en un desafío abierto.

Zul'jan respondió a esa mirada con su habitual confianza. Después de toda una vida juntos, sabía cómo manejar los estados de ánimo de su hermana.

—Puede que sea el único trol que nunca haya dudado de ti, pero si quieras tener alguna posibilidad contra Kol'anji, ¡deberías pasar los próximos días descansando! ¡Entrenando! ¡Cualquier cosa menos ir detrás de un cuento de ha...

—Ya basta, Jan. ¡Ya basta! —dijo mientras cortaba el aire entre ellos con un ademán—. Voy a hacerlo. Tengo que hacerlo.

—¿Por qué? —Era a la vez una exigencia y una súplica. Zul'jarra pudo ver el dolor y el miedo en sus ojos. Por ella.

Sintió deseos de abrazarlo; acercarlo a ella y prometerle que todo iría bien.

—Es así y punto. No espero que lo entiendas.

Una expresión de dolor diferente se reflejó en el rostro de Zul'jan.

—En ese caso, supongo que es mejor que no lo haga.

Zul'jarra sintió como si su estómago se hubiera llenado de piedras y volvió a sus preparativos.

—Y nunca lo harás.

El silencio volvió a llenar la habitación. Ella hizo todo lo posible por ignorarlo, por ignorar la sensación de que los ojos de su hermano le taladraban la nuca. Entonces, justo antes de que cediera a la necesidad de decirle algo, de pedirle que se marchara o que la ayudara, Zul'jan comenzó a hablar:

—Sé que eres muchas cosas, hermana. Constante. Apasionada. Fuerte. Amable. Pero no estúpida. Hasta ahora. No dejes que tu terquedad te cueste más de lo que puedes dar.

Dicho lo cual, salió de la habitación dando un portazo.

Zul'jarra quedó inmóvil y en silencio. Sabía que las palabras de su hermano nacían de su preocupación, pero sugerir tácticas tan deshonrosas... Por otra parte, los Vilrama no eran precisamente conocidos por su estricta moralidad.

Otro golpe en la puerta la sacó de sus cavilaciones. —No estoy de humor para más tonterías, Jan.



—¿Qué ha hecho ahora? —respondió una voz llena de picardía.

Zul'jarra se volvió y, al ver a Ral'ji de pie en la puerta, con una expresión de ligera burla en el rostro, no pudo evitar una leve sonrisa a modo de respuesta.

—Nada, es solo que... mi hermano tiene facilidad con las palabras. A veces para lo que no le conviene. —Hizo un gesto a Ral para que entrara—. ¿Qué has descubierto?

La exploradora cerró la puerta antes de hablar.

—Nadie ha atacado a los Sañadiente; simplemente, decidieron no venir.

—¡¿Cómo?!

—Que decidieron no venir. —Ral'ji extendió las manos vacías en señal de disculpa—. En protesta por...

No hacía falta que dijera el motivo, Zul'jarra ya lo había.

—Por mí —espetó—. Por mi ascensión a jefa.

—Tal vez. —Ral'ji cruzó la pequeña habitación para acomodarse en la cama. Dio unas palmaditas junto a ella para invitarla a sentarse en silencio—. Mis fuentes dicen que los rumores sobre los elfos los tienen muy preocupados.

—No son los únicos. —Zul'jarra se dejó caer junto a Ral, que respondió con una leve sonrisa.

—No, pero, si te hace sentir mejor, creo su protesta no es tanto por ti personalmente, sino más bien por lo que ocurrió la última vez que las tribus unieron sus fuerzas.

—Pues no me hace sentir mejor, no.

La expresión de Ral'ji se suavizó mientras tomaba una de las manos de Zul'jarra entre las suyas.

—No es culpa tuya.

La calidez de los dedos era un consuelo, pero los traicioneros pensamientos de Zul'jarra se negaron a dejarla en paz.

—No, el problema es mi sangre. Una piedra más que mi abuelo ha colocado alrededor de mi cuello —dijo mientras se inclinaba y escondía el rostro con las manos para soltar un gemido de frustración.

—Mentiría si dijese que sé por lo que estás pasando.

Ral'ji apoyó las manos sobre sus hombros para sacarla de su abatimiento.

—Pero no tienes por qué afrontarlo sola. —Esas mismas manos se levantaron entonces para acariciar ambos lados de su rostro, rozándole las mejillas con los pulgares—. Tienes gente a la que puedes acudir. Hay muchos trols que se preocupan por ti.

La ira de Zul'jarra se apaciguó. Inclinó la cabeza y cerró los ojos al sentir que Ral'ji le rozaba la frente con la suya.

—Lo sé.

—Y, aun así, escalarás sola esa montaña maldita.

Era evidente que Ral no veía con buenos ojos la decisión de Zul'jarra.

—He escalado muchas montañas yo sola.

—Iría hasta el final contigo.

—Lo sé.

—Sin dudarlo.

—Lo sé.

Ral'ji exhaló un suspiro cargado de la resignación y de la silenciosa decepción que se produce cuando no poder ayudar a aquellos a quienes amas.

—Si tanto sabes, sabrás que no estoy de acuerdo con esto.

—Mmm.

—Y que siempre estaré aquí para ti. —Ral'ji la rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza en medio de la oscuridad cada vez más profunda—. Siempre.



El silencio reinaba en la aldea cuando Zul'jarra salió sigilosamente de su casa para recorrer las calles desiertas. Al amparo de la noche, pudo adentrarse en el bosque sin alertar a los centinelas Amani ni al contingente Vilrama acampado a las puertas de la aldea.

Con paso ligero pero seguro, repasó su plan por centésima vez: estaba demasiado oscuro para afrontar la parte más empinada del ascenso, pero llegaría tan lejos como pudiera. Si volvía a ponerse en marcha al amanecer, podría alcanzar la cima a media tarde. Entonces solo tendría que encontrar el hacha, volver a bajar y regresar a tiempo para enfrentarse a Kol'anji. Era un plan imperfecto y lleno de posibles imprevistos, pero era el único que tenía.

A lo largo del camino, se había topado con pequeños santuarios en honor a Akil'zon. En el pasado, estos monumentos estaban cubiertos de velas y ofrendas que los fieles dejaban a su paso, que iban desde objetos hechos a mano a cestas llenas de comida.

Algunos incluso ofrecían pieles de caza. Todo ello con el fin de ganarse el favor del loa en diversos aspectos de la vida. Cuando los loa dejaron de comunicarse con sus fieles, los santuarios quedaron vacíos y abandonados.

Decidió acampar en uno de esos santuarios. La zona era relativamente llana. Estaba algo al descubierto, pero era elevada. No era el lugar más escondido, pero sería fácil de defender en caso necesario.

Bajó la mochila al suelo y empezó a sacar todo lo que necesitaría para pasar la noche. A su alrededor, el bosque permanecía en silencio. No había viento ni animales moviéndose entre la maleza. Pero había pasado suficiente tiempo en la naturaleza como para saber que, si las hojas crujían más fuerte de lo normal, es que no estaba sola.

Extendió la mano fingiendo sacar algo de su mochila, pero en su lugar empuñó con fuerza su lanza.

Otro crujido, esta vez más cerca.

Luego otro, más cerca aún.

Cuando su atacante llegó al borde del claro, Zul'jarra dio un salto vertical y giró sobre sus talones con el mismo movimiento. Allí, una figura la observaba en la oscuridad. Al cabo de un instante, se abalanzó sobre el desconocido, lista para clavar la lanza en su corazón.

La figura alzó las manos en señal de defensa.

—¡Jarra!

—¡¿J-Jan?! —El asombro la paralizó en plena embestida, provocando que casi tropezara consigo misma en su intento por detener el ataque.

Los ojos de su hermano, abiertos de par en par a la luz de la luna, saltaban entre ella y la punta de su lanza

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, claramente enfadada.

—Perder la cabeza no, espero —respondió su hermano mientras bajaba lentamente las manos.

—¡Pues casi lo logras! —Dejó caer el arma, no sin antes golpear con la empuñadura el brazo de Zul'jan. —¡Podría haberte matado!

Zul'jan la siguió hasta donde había dejado la mochila.

—Eres demasiado buena para eso.

—¿Qué haces acechando entre las sombras?

—¿No es obvio? —respondió con ese tono sarcástico tan suyo—. He venido a ayudar.

—No necesito tu ayuda.

—O puede que sí.

—¡Te podrían haber atacado los gnarldin! ¡O los elfos!

—Lo mismo digo. Mira, sé que estás empeñada en hacerlo todo por tu cuenta. Siempre has sido así desde que éramos críos.

Zul'jarra frunció el ceño con la esperanza de que, si no podía ver su expresión, pudiera al menos sentirla.

—Tú sigues siendo un crío.

—Pues la que está enrabieta eres tú. —Esquivó otro golpe de su lanza—.

Déjame que empiece de nuevo. Entiendo por qué haces esto.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar con su confesión.

—Bueno, la verdad es que no, pero nos prometimos que afrontaríamos juntos este mundo y sus desafíos. Siempre ibas a ser la líder y yo siempre estaría ahí para apoyarte. Y si empieza así, contigo escalando una montaña perdida de la mano de los loa en medio de la noche para encontrar un hacha, pues entonces voy contigo.

—Se suponía que tú eras el listo de los dos —dijo Zul'jarra con un suspiro mientras lo miraba fijamente. Su rabia hacia su hermano se iba apagando poco a poco.

—Lo sigo siendo —respondió Zul'jan con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues no lo parece si has venido a buscarme tú solo. He explorado estos bosques a solas infinidad de veces; mientras tanto, tú sigues perdiéndote en el mercado.

—En mi defensa —dijo Zul'jan mientras se acercaba—, debo decir que ese lugar es el caos encarnado. Además, es imposible que me pierda si te estoy siguiendo.

A pesar de sus recientes riñas, Zul'jan había estado a su lado toda la vida. No tramando una traición ni urdiendo su propio ascenso, sino cuidándola de forma genuina. Y ella sabía que siempre sería así.

TK

—Está bien. Si vas a acompañarme, al menos haz algo útil y recoge algo de leña para la hoguera.

Entre los dos, no tardaron en montar el campamento. Poco después estaban sentados a la luz temblorosa de una hoguera recién encendida, calentando sus raciones sobre una piedra. Zul'jarra removió las brasas para avivar un poco más la llama y obtener más luz y calor, mientras su hermano se entretenía con algo de carbón y un pergaminio. Entonces se dio cuenta de que estaba dibujando.

—Hacía tiempo que no lo hacías.

—¿El qué?

Señaló al dibujo.

—Lo hago todo el tiempo. —Trazó unas cuantas líneas más de lo que parecía ser un retrato—. Solo que tú ya no prestas atención.

—Ya no prestas atención —respondió alzando la voz para burlarse de él, pero luego sonrió y se inclinó hacia adelante con interés. El aliento se le heló en el pecho.

No era un retrato exacto, como todas las cosas construidas a partir de la memoria, pero reconocía claramente aquel rostro.

—¿Es...?

Jan asintió.

—Padre. A veces lo dibujo; sobre todo cuando temo olvidar cómo era o me pregunto qué diría o qué haría.

Inclinó el pergaminio para que su hermana lo pudiera ver mejor.

Zul'jarra se quedó mirándolo, atónica. Jan era pequeño cuando perdieron a su padre, así que era lógico que le costara conservar el recuerdo. Zul'jarra era solo un poco mayor, pero su cara nunca se había desvanecido de su memoria.

Recordaba unos brazos fuertes que los levantaban y los colocaban sobre sus anchos hombros. Recordaba cómo su estruendosa risa llenaba su hogar. Su padre era un enorme trol con un gran corazón. Kinduru siempre bromeaba con él por ser tan blando. Todos lo eran en comparación con Zarama, pero eso nunca impidió a Man'ye adorar a sus hijos. Mientras que su madre era el vivo ejemplo de la disciplina y la voluntad de hierro de una jefa, su padre encarnaba el amor. Amor por su familia y por su pueblo. Zarama preparaba a sus hijos para el futuro y los desafíos que sin duda les esperaban. Man'ye les había inculcado el respeto por el pasado, cuando los

loa aún encantaban su mundo y los sueños de recuperar la grandeza de su pueblo no parecían tan lejanos.

—¿Qué crees que diría? —preguntó Zul'jan, sacando a Zul'jarra de sus recuerdos—. ¿Qué le parecería todo esto?

—No lo sé. —Zul'jarra se volvió para revisar la comida y secarse disimuladamente un par de lágrimas del rostro—. Quizás te diría que te fueras a casa antes de que te hagas daño.

Zul'jan entornó los ojos, dejó a un lado el boceto y se acercó a su hermana.

—Puede que seas la mayor y la heredera, pero no olvides que yo también estuve así. Yo también vi las lecciones y el entrenamiento de madre. También vi las largas noches en las que el peso de todo, no solo el cargo, sino la derrota que la había coronado como jefa, el legado roto que arrastraba, la desaparición de nuestros loa y la desconfianza de nuestro pueblo, casi acaba con ella. Y de no ser por nuestro padre y nuestro tío, ¡lo sabría hecho!

Zul'jarra miró fijamente cómo se retorcían y bailaban las llamas. Tenía razón, pero eso hacía que la injusticia de todo aquello fuera aún más difícil de soportar.

—Tú naciste para llevar esa carga, pero yo la conozco tan bien como tú. No dejaré que rompan a mi hermana.

Zul'jarra se apartó con un gruñido.

—No pienso dejar que lo hagan.

Iluminada por la hoguera, la mirada de Zul'jan era firme a la par que triste.

—Puede que ahora no, pero ¿qué pasará si sigues por el camino que has elegido?

—No he elegido este camino. Lo eligieron por mí. Al igual que para madre.

Todo por culpa de las acciones de su abuelo. En el fondo. Zul'jarra culpaba a Zul'jin por todo lo que le había sucedido a su pueblo. Si no hubiera dejado que su orgullo lo llevara a desafiar a la Horda, la posterior derrota de los Amani no los hubiera dejado en ruinas. Tal vez entonces los Amani y su familia no habrían caído tan bajo. A pesar de toda su bravuconería y su pomposidad, Kol'anji tenía razón en una cosa: el fracaso formaba parte de su familia.

—Vuelves a tener esa mirada —apuntó Zul'jan con tono monocorde.

—¿Qué mirada? —respondió con un gruñido.

TK

—La de «Me da igual lo que diga Jan, pienso hacer lo que me dé la gana».

A pesar de su estado de ánimo, eso provocó que esbozara una pequeña sonrisa.

—¿Hay una mirada para eso?

—Mmm... Sí. —Acercó un nudillo a su cara y se lo clavó en la mejilla—. Esta misma.

—¡Oye! ¡Ya para! —Lo apartó con una mano y se frotó la cara con la otra. Su pequeña sonrisa se amplió.

Jan también sonreía.

—Mucho mejor —dijo—. No podemos irnos a dormir enfadados.

Era algo que les había enseñado su padre. Pensar en él tranquilizó a Zul'jarra. Qué no habría dado por poder pedirle consejo sobre todo aquello. Pero ya no estaba con ellos.

—Podemos volver —dijo Zul'jan— y pensar en un plan que no acabe contigo despeñándote desde la cima de una montaña.

—No pienso despeñarme.

—Pero podrías hacerlo. Y, entonces, madre tendría que enfrentarse a Kol'anji herida y de luto. ¿Qué crees que pasaría entonces?

Pudo sentir la mirada de su hermano clavada en ella, pero en lugar de responder, tomó una porción de la comida ahora quemada y se la ofreció.

—Come y descansa. Nos espera un día difícil.



El sol aún no había asomado por el horizonte cuando levantaron el campamento y reiniciaron el ascenso, con Zul'jarra a la cabeza marcando el ritmo. Zul'jan la seguía en silencio, acompañado por el constante sonido del carboncillo contra su cuaderno de dibujo.

«Como cuando éramos más jóvenes». Recordaba mañanas similares en las que se levantaba temprano para ocuparse de una larga lista de tareas y Jan la seguía a todas partes. Jan, siempre presente, siempre leal.

Aunque nunca lo admitiría en voz alta, se alegraba de que la hubiera seguido a la montaña.

No se pararon a descansar ni a comer, sino que se pasaron la cantimplora y un trozo de jabalí seco mientras seguían la caminata. De alguna manera, llegaron a la última subida sin incidentes. Por fin un golpe de buena suerte.

—Está bien —asintió ella mientras apretaba las correas de su mochila—. Espera aquí mientras yo...

—¿Qué espere aquí? —preguntó su hermano con una carcajada incrédula—. ¿Sigues queriendo hacerlo tú sola?

—Iré más rápido si...

—Si tantas ganas tienes de morir, ¿por qué no te tiras ya y acabamos de una vez? Seguro que Kol'anji lo agradece.

Zul'jarra sintió que la ira recorría su cuerpo.

—¿Y quéquieres que haga, Jan? ¿Que le envenene la comida? ¿Que le raje el cuello mientras duerme?

—Si tiene que morir alguien, que sea él —dijo Zul'jan encogiéndose de hombros.

—¿Y me dejarías vivir sin honor?

—¡Él te lo haría si pudiera! ¡Lo importante es que sobrevivas!

—Sé que a ti no te importa huir de una pelea, pero no todos nos sentimos cómodos acechando en las sombras y atacando desde lugares ocultos. Nuestro pueblo necesita un líder, ¡no un cobarde!

Zul'jan retrocedió como si le hubiera golpeado, con los ojos llenos de dolor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su hermano pensaba que se refería a él, cuando en realidad se estaba refiriendo a Kol'anji. Abrió la boca para disculparse, pero se detuvo. Si Jan se enfadaba con ella, no seguiría y se daría media vuelta. Así estaría a salvo. Después, una vez que hubiera recuperado el hacha y vuelto a casa, podría explicárselo. Aunque le dolía mucho hacerle daño de esa manera, era lo mejor.

Es lo que haría una jefa.

«¡No, no, no, mira cómo está! —gritaba una pequeña parte de ella—. ¡No puedes dejarlo así! ¡Pídele perdón!».

Lo que hizo fue levantar la barbilla.

El dolor en el rostro de su hermano se desvaneció bajo una máscara de indiferencia, lo cual fue peor que si le hubiera gritado.

Zul'jan asintió.

—Llovió hace un par de días —murmuró con una voz mucho más tranquila de lo normal. Una voz que le provocó un escalofrío a su hermana—. Cuidado con las rocas sueltas.

Se dio la vuelta y empezó a descender por donde habían venido.

Zul'jarra lo vio alejarse, embargada por el deseo desesperado de llamarlo mientras corría tras él para agarrarle y decirle que no era eso lo que había querido decir.

Pero se tragó cualquier palabra y cualquier deseo que pudiera albergar para dar media vuelta y comenzar su ascenso.

Impulsada por su rabia hacia sí misma, se lanzó a la ladera de la montaña como una araña. Mano tras mano, pie tras pie, el fuego en su vientre la impulsaba cada vez más arriba. Dos veces estuvo a punto de perder el equilibrio y caer en picado a la muerte. Pero su entrenamiento y su habilidad la mantuvieron firme.

No tenía ni idea de cuánto tiempo pasó aferrada a la ladera de la montaña, pero finalmente consiguió alcanzar el estrado del templo. Al llegar, se desplomó contra la piedra lisa, con los brazos temblorosos y los pulmones ardiente.

El sol ardía en lo alto, cegador, como si quisiera animarla a darse prisa. Su posición indicaba que habían pasado un par de horas desde el mediodía. Levantó una mano para protegerse de la luz implacable.

—Ya voy.

Con los pies al borde del precipicio, se volvió para mirar el templo. Años de abandono lo habían derruido en algunos lugares y descolorido en otros, pero todavía evocaba una sensación de asombro. Subió por las escaleras con una reverencia que la sorprendió a ella misma y, pasando por alto los altares vacíos y rotos que había a ambos lados —que ahora servían de nido para las águilas—, se introdujo en la refrescante sombra de la torre central.

Al atravesar el arco y entrar en la sala principal, centró su atención en las estatuas. Tres cabezas de águila, una en cada pared. La miraban desde lo alto, evaluándola con ojos vacíos. Escudriñándola.

Zul'jarra las ignoró mientras se dedicaba a observar el resto del templo: bancos cubiertos con telas raídas y cuencos de ofrendas vacíos, algunos hechos pedazos en el suelo. No costaba mucho imaginar aquel lugar en su época de apogeo, lleno de sacerdotes, portavoces y fieles. Seguramente las paredes vibrarían con su veneración.

La luz del sol se filtraba a través de las rendijas situadas sobre la entrada, y cuando una ráfaga de viento levantó el polvo y las cenizas de las piras antaño apagadas, la mezcla espesó el aire con una nube de luz estelar centelleante. Era algo precioso. Y repugnante. Tosiendo, se cubrió la nariz y la boca y entornó los ojos para protegerse del polvo.

Ahí. Algo brillaba a los pies de un altar muy parecido al otro, delante del que se había arrodillado el día antes. Algo metálico. Corrió hacia el altar y se detuvo deslizándose, lo que levantó aún más polvo. Ahí estaba la hacha, cubierta por una capa de suciedad y telarañas.

Lentamente y con respeto, Zul'jarra rodeó el mango con los dedos y lo levantó. Era vieja, pero de perfecta factura. Pesada, pero no demasiado. Bien equilibrada. Desde lejos parecía más grande; tal vez fuera un efecto óptico. El arma se amoldaba perfectamente a sus manos, casi como si la hubieran hecho para ella. Apretó con fuerza y probó a asestar un golpe. Cortó el aire con elegancia. El borde parecía aún lo bastante afilado como para cortar por la mitad a un hombre.

O a un arrogante jefe Vilrama.

Empuñando su premio, se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo cuando su mirada se posó en una de las tres cabezas de águila que la observaban.

Zul'jarra no solía dar mucha importancia a las ofrendas, ya que los loa siempre las ignoraban, pero no le parecía correcto llevarse el hacha sin dejar nada a cambio. Además, no tenía nada que ofrecer, excepto...

Levantando el hacha con las palmas abiertas, inclinó la cabeza.

—Mi tío dice que aún nos escuchas. —Su voz se quebró al pronunciar esas palabras—. No sé si creerlo, pero sé que nuestro pueblo necesita algo en lo que creer. Yo necesito algo en lo que creer.

Un grito rompió el silencio.

—¡JARRA!

—¿Jan?

El pánico le golpeó las costillas mientras corría hacia la salida con el corazón en un puño y latidos frenéticos retumbando en sus oídos. Saltó varios tramos de escaleras para llegar al borde del estrado lo más rápido posible. Lo que vio abajo hizo que se estremeciera.

TK.

Zul'jan se lanzó a un lado justo a tiempo para esquivar un enorme garrote que se estrellaba contra el suelo, lanzando al aire una lluvia de tierras y rocas como si fueran gotas de agua. Un gnarldin rugió mientras levantaba su arma, que en realidad no era más que un árbol con las ramas rotas. La criatura no estaba sola: al menos otros dos gigantes la seguían, vociferando mientras trataban de alcanzar a su hermano. Zul'jan se escabulló entre los dedos mugrientos que intentaban agarrarlo.

Zul'jarra descendió tan rápido como pudo. Era muy peligroso. Un solo movimiento en falso y saldría despeñada por la ladera de la montaña, pero no le importaba; debía llegar hasta su hermano.

Una de las criaturas intentó alcanzar a Zul'jan, pero él le clavó las dagas en la mano carnosa antes de apartarse rápidamente mientras el gigante golpeaba el suelo y aullaba de dolor. Intentó esquivar a otra colándose entre las piernas, pero esta le agarró por el dobladillo de la capa. La tela se tensó alrededor del cuello de Jan y ahogó su grito mientras el monstruo lo lanzaba contra un árbol. El fuerte golpe hizo que a Zul'jarra le dolieran los dientes mientras Zul'jan caía al suelo y rodaba por el borde del acantilado.

Desesperada, Zul'jarra corrió hacia allí con un rugido.

—¡No! ¡Jan!

El sonido resonó por toda la montaña y el trío de gigantes se volvió hacia ella. Con un gran salto, hundió el hacha en el cuello de gnarldin que había lanzado a su hermano. Sintió cómo se desprendía la carne y se rompía el hueso. La sangre roció a los otros gnarldin, que quedaron cegados temporalmente.

El pánico le recorrió el cuerpo mientras corría hasta el borde del acantilado. Un acceso de alivio estuvo a punto de hacerla caer al ver que Zul'jan seguía vivo, agarrado a una raíz que sobresalía de la pared. Sus miradas se cruzaron y, sin decir palabra, él extendió la mano. Lo subió a tierra firma de un tirón, lo abrazó con fuerza y luego lo empujó hacia atrás al tiempo que los gnarldin restantes se abalanzaban sobre los trols con los puños y las armas en alto.

—¡Quédate detrás de mí! —gritó Zul'jarra antes de correr hacia los gigantes.

No sabía si su hermano la había escuchado o no, pero no podía centrarse en eso. Apretó con fuerza la hacha y comenzó el combate.

Una y otra vez, levantó la hacha y atacó, cercenando miembros musculosos y

enormes pies. Algunos de los golpes rebotaron en sus armas improvisadas, pero eso no la detuvo. Sin dar un paso atrás, lanzó un fuerte tajo que le arrancó una pierna al gigante, que cayó de rodillas gritando. Lo remató con un golpe en la nuca, antes de volverse hacia su último oponente.

No vio la roca inestable hasta que ya estaba en el aire, descendiendo con su hacha sobre el gnarldin restante. El arma dio en el blanco en el pecho de la criatura, donde se hundió profundamente. La trol se agarró al hacha mientras el gnarldin caía hasta estrellarse contra el suelo, que inmediatamente comenzó a desprenderse debajo del gigante. Y de ella.

—¡Jarra!

El grito de su hermano fue lo último que oyó antes de sentir que el mundo se derrumbara bajo sus pies. El cielo se abrió sobre ella mientras se veía arrastrada hacia la oscuridad.



Zul'jarra soñó con sombras.

Con una noche profunda.

Con montañas imposibles de escalar.

Estaba trepando por una, mano sobre mano, avanzando palmo a palmo. Las piedras le cortaban las palmas, que sangraban fuego en lugar de sangre. Por mucho que prepara, nunca conseguía llegar a la cima. Quería parar, pero sabía que no podía. Todos contaban con ella. Estaban detrás, siguiéndola. Si se detenía, todos caerían al vacío. Habría fracasado. Así que seguía adelante, avanzando hasta la cima, donde su abuelo la observaba desde arriba, juzgándola.

La ira recorrió el cuerpo de Zul'jarra.

—No te atrevas a menospreciarme —gruñó apretando los dientes—. ¡Jamás te atrevas a menospreciarme!

Su voz sacudió la montaña. Era como si todo fuera a derrumbarse. Pero, aun así, Zul'jin seguía mirándola fijamente, sin pestañear ni decir nada.

—Tú... —siseó Zul'jarra con rabia. Siguió escalando, esta vez más rápido, impulsada por su rabia—. Tú. —Empezó a ascender aún más rápido, a una velocidad

imposible. De repente estaba de pie, corriendo por la ladera de la montaña—. ¡Tú! —El hacha de Akil'zon apareció en su mano. Una ráfaga de viento la golpeó por la espalda y la elevó por los aires, por encima de su abuelo—. ¡COBARDE! —gritó mientras le asestaba un hachazo en la cabeza.

Unas llamas estallaron a su alrededor consumiendo el hacha. Lo mismo ocurrió con Zul'jin. Estaba segura de que ella sería lo siguiente, pero no fue así. No sentía calor. Tampoco dolor. Solo una luz cegadora y la ira que se agitaba en su pecho.

Abrió los ojos. Por un instante, el mundo se llenó de formas y colores desconocidos que poco a poco se fueron convirtiendo en una imagen que le resultaba familiar: su habitación.

—Pero qué... —Su garganta se rebeló contra el deseo de hablar. Era como tragar fragmentos de cristal.

Con un busco movimiento a su lado, Kinduru se inclinó sobre ella con el rostro arrugado de preocupación. El trol se quedó sin aliento cuando se cruzaron sus miradas.

—Zul'jarra —balbuceó, aliviado—. Alabado sea Akil'zon.

—¿Akil'zon? —repitió ella con un susurro. Su mente luchaba por recuperar un recuerdo: el de un templo en la cima de una montaña y un hacha en sus manos—. ¿Qué ha pasado?

Kinduru se dejó caer en la silla junto a su cama.

—Te despeñaste —dijo con incredulidad—. Desde el Confin de Akil'zon. Una caída desde esa altura debería saberte matado, pero apenas tenías un rasguño.

Podía entender las palabras de su tío por separado, pero no lograba entender lo que querían decir en conjunto.

—¿Me despeñé? —repitió.

Su tío asintió.

—Zul'jan te encontró a los pies de la montaña. En un nido de águilas, nada menos. Sobreviviste. No sé cómo, pero lo hiciste. Ni siquiera soltaste el hacha. Fue tu hermano quien te trajo a casa.

Zul'jarra siguió la mirada de su tío hasta el hacha de aspecto familiar que descansaba contra la pared. «¿Pero cómo...? ¡Akil'zon!».

Al darse cuenta de ello, los recuerdos inundaron su mente en orden inverso: el combate contra los gigantes con la hacha. La escalada hasta el templo donde la había descubierto. La razón por la que había partido a buscarla en primer lugar... —¡El desafío! —Se incorporó de un salto, con los músculos aún doloridos—. ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

La sorpresa en el rostro de Kinduru se disipó bajo la inquietud.

—Un día, por lo menos. El desafío ya ha comenzado.

El pánico se apoderó de Zul'jarra.

—Tu madre —continuó Kinduru— ha ido a luchar contra Kol'anji en tu lugar.

—No —jadeó Zul'jarra. En su estado, Zarama no tenía ninguna posibilidad.

Sin mediar palabra, Zul'jarra se quitó la manta y obligó a su cuerpo a ponerse en pie, ignorando el agudo dolor que sentía entre las costillas.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Kinduru.

—Ya lo sabes —respondió mientras cogía la hacha.

—¡No estás en condiciones de luchar!

—Debería estar muerta, tú mismo lo has dicho.

Me basta con eso

Salió a toda prisa de su casa y se dirigió al lugar donde le esperaba su oso de guerra.

—¡El desafío se librará en el Trono Destrozado! —gritó Kinduru mientras se subía a la silla de montar y chasqueaba las riendas—. ¡Que las alas de Akil'zon te guíen!



Los cánticos de la multitud reunida llegaron a los oídos de Zul'jarra antes de que pudiera ver la ciudad en ruinas. Se oían gritos y abucheos de un lado y del otro, lo cual indicaba que ya había comenzado el duelo. El camino estaba despejado, con la excepción de por unos pocos rezagados y algunos centinelas Amani y guerreros Vilrama, que se lanzaban miradas desafiantes desde ambos lados de la vía principal.

Zul'jarra pasó junto a ellos sin pensarlo dos veces, ignorando los gritos de sorpresa que acompañaban a su nombre y los insultos que le lanzaban a la espalda. Se dirigió a la arena, ordenando a su oso a ascender.

**TK**

«¡Más rápido!».

Al llegar a lo alto, saltó de la silla y aterrizó con un gruñido. Un lanzazo de dolor recorrió todo su cuerpo, pero siguió adelante. La multitud era numerosísima, y sus vítores solo se veían interrumpidos por el sonido metálico de las armas al chocar.

—¡Apartad! —intentó gritar, pero la garganta aún le ardía y la palabra se le escapó entre un susurro—. ¡Moveos!

Mientras se abría paso entre la multitud que rodeaba la arena, no tuvo que volverse para saber que su hermano estaba a su lado. Podía sentir su presencia corriendo junto a ella, como casi siempre.

—¡Vuestra jefa ha dicho que os MOVÁIS! —rugió Zul'jan, con una fuerza y un fervor que Zul'jarra nunca había escuchado en su voz.

La gente se volvió y, al verlos, se apartaron obedientemente.

Zul'jarra corrió hasta llegar a la arena en el mismo instante en que Kol'anji esquivaba un golpe del hacha de Zarama y le clavaba el extremo afilado de la maza en el abdomen.

El sonido de la carne de su madre desgarrándose le heló la sangre a Zul'jarra. Bajo sus ojos incrédulos, Zarama agarró al arma clavada en su vientre. Kol'anji la arrancó de un tirón, y su madre cayó de rodillas sobre el polvo de la arena, apoyándose con una mano. Mientras se hundía más y más en el suelo, fue como si todo se ralentizara.

Kol'anji levantó los brazos manchados de sangre mientras se regodeaba. Zul'jarra no pudo oír sus palabras por el estruendo que de su propio corazón.  
«¡Madre, no!».

Aunque pareciera imposible, Zarama se giró como si hubiera oído aquel grito desesperado. Sus ojos se encontraron con los de Zul'jarra. Vio a su hija. Vio el hacha. El miedo que sentía dio paso a la paz. Sonrió, moviendo los labios manchados de sangre para pronunciar unas palabras que nunca llegarían a los oídos de Zul'jarra.

Y entonces se desplomó.

Al ver a su madre allí tendida, sobre un charco rojo que se extendía debajo de ella, algo empezó a revolverse en las entrañas de Zul'jarra. El frío fundido del dolor que se había apoderado de su cuerpo se derritió bajo un violento acceso de ir. Era una

ira que burbujeaba y echaba espuma, abrasándole las entrañas, llenándola hasta que no tuvo más sitio donde ir.

Y, entonces, toda esa rabia se liberó.

Se contaría historias y se cantarían canciones sobre el primer grito de guerra de Zul'jarra. De cómo brotó de ella como el fuego de un volcán, ardiente y abrasador. De cómo sacudió las ancestrales losas del Trono Destrozado. Cualquiera que lo oyera lo compararía con el chillido de una gran águila; y, días después, aquellos que no estuvieron presentes, pero que, aun así, lo oyeron, contaron que habían creído que Akil'zon había regresado.

Pero no fue así.

El loa no había regresado.

Pero sí había nacido una leyenda.

—Ah, la cachorra —dijo Kol'anji con una risotada—. Justo a tiempo para quedarte huérfana. —Levantó una mano y la señaló—. Venga, vamos.

—Jarra, espera... —comenzó a decir Zul'jan, pero su hermana ya estaba corriendo por la arena.

Kol'anji se alejó del cuerpo de su madre para enfrentarse a ella.

Zul'jarra volcó todo su cuerpo en un golpe. El filo de su hacha chocó contra la maza de Kol'anji. La fuerza del impacto resonó por todo su cuerpo y la aturdió el tiempo suficiente para que el grueso puño de su rival la alcanzara en la mandíbula.

Eso hizo que viera las estrellas mientras el sabor de la sangre le llenaba la boca. Se echó hacia atrás para ganar distancia y levantó el arma.

Kol'anji soltó una risa burlona y sorda.

—Tienes fuego en tu interior, eso hay que reconocerlo. Cuando acabe contigo, creo que te cortaré la cabeza, junto a la de tu hermano —dijo mientras dirigía la mirada hacia donde estaba Zul'jan, al borde de la arena, gritando a su hermana para que luchara—. Ya sabes. La familia debe permanecer unida.

—¡Serás tú quien pierda la cabeza! —gritó Zul'jarra mientras golpeaba con ira al trol, mucho más grande que ella. En algún lugar de su mente sabía que estaba siendo imprudente. Si seguía dejando que la rabia la guiara, acabaría bajando la guardia.

Pero a otra parte de ella no le importaba. Si se desprendía de su ira, la angustia que acechaba por debajo la consumiría y pondría fin al combate antes de que Kol'anji pudiera hacerlo.

Volvió a atacar. Esta vez, la cabeza de la maza de Kol'anji detuvo su hacha en ángulo y la inmovilizó. El jefe de los Vilrama la empujó hacia delante mientras se inclinaba hacia ella, con el rostro desencajado por la satisfacción.

—Nos hemos divertido, pero... —Entonces se quedó rígido, con la mirada fija en el hacha—. Imposible.

Zul'jarra le propinó una patada que le hundió el talón en el estómago.

La arena voló por todas partes mientras Kol'anji trastabillaba hacia atrás. Sus ojos centellearon mientras su arrogancia vacilaba un instante.

—Esa hacha no te salvará, al igual que tú no has podido salvar a tu madre, cachorra.

—Jefa —repuso ella con un gruñido.

Al instante, se abalanzó sobre él lanzando golpes cada vez más rápidos. El metal cantaba. Las chispas se esfumaban bajo la luz del sol. Su corazón latía cada vez con más fuerza, salvaje y furioso. Sentía cómo se tensaban sus músculos. Apretó la hacha con fuerza, henchida de furia en el corazón, con fuego en la garganta y una agonía desatada en un grito que la vació por completo. Y volvió a golpear.

La hoja atravesó la carne, desgarrando tendones y hueso.

La sonrisa de Kol'anji se esfumó mientras su cabeza caía al suelo y chocaba contra el suelo con un golpe sordo.

Su cuerpo le siguió.

Zul'jarra se quedó atónita un instante. El impulso de clavarle la hacha una y otra vez estuvo a punto de apoderarse de ella, pero consiguió reprimirlo. Otro grito brotó en su interior.

Pero, sin darle rienda suelta, se volvió hacia la arena, ahora silenciosa, y escudriñó los rostros de aquellos que la llamarían enemiga, amiga, líder. Su pueblo.

Pasó por encima del cadáver de Kol'anji y levantó la hacha por encima de su cabeza.

—¡Soy Zul'jarra! ¡Hija de Zarama! ¡Jefa de los Amani y de todas las tribus del bosque! —Su voz se mantuvo firme, aunque todo su ser temblaba—. ¡Que cualquiera, cualquiera, que dude de mí de un paso al frente!

**TK**



El jefe de los Vilrama quedó tirado en el suelo de la arena mientras Zul'jarra, su hermano y otros levantaban a su madre. La envolvieron en lino sagrado y la colocaron sobre sus hombros, manteniéndola en alto durante todo el camino hasta Amani'Zar.

Zul'jan intentó convencer a su hermana de que se alejara lo suficiente como para que los sanadores pudieran atenderla, pero se negó. El dolor era lo único que impedía que se desplomara.

Kinduru los recibió a las afueras del asentamiento con el rostro bañado en lágrimas y una expresión de tristeza. Los condujo hasta el altar donde prepararían a Zarama para los últimos ritos. Todo lo que sucedió después estaba borroso: gente que iba y venía, ofreciendo felicitaciones y condolencias. Zul'jarra permaneció al lado de su madre y Zul'jan, al suyo. Abrazó a su hermano mientras él sollozaba.

Llegada la noche, no supo muy bien cómo, Zul'jarra se había vistió y bañó para la ceremonia. Las antorchas estaban dispuestas en un círculo alrededor de una tumba tan reciente que el aire aún olía a tierra. Permaneció en silencio, inmóvil, mientras enterraban a su madre. Después se encontró en medio de un círculo, a la luz de las antorchas, mientras Kinduru se dirigía a los allí reunidos para presentar sus respetos. La gente comentaría lo hermoso que fue su discurso sobre los caídos, pero Zul'jarra jamás sería capaz de recordar ni una palabra. Nunca sabría si eso le molestaba o no.

Al día siguiente se sentó por primera vez en el gran salón en el lugar de su madre. Uno tras otro, los demás líderes se acercaron para ofrecer sus respetos y su tributo a la nueva jefa. Todos menos los Vilrama, que habían reunido a su jefe con su cabeza y habían partido hacia el bosque.

Zul'jarra aceptó los regalos y se los entregó a su hermano. Fue la primera de las muchas disculpas que le ofrecería por las palabras que había pronunciado bajo el templo de Akil'zon. Él las aceptó en silencio, con el rostro impasible, como siempre. Esa noche no hubo celebraciones ni grandes banquetes, solo el vacío de la pérdida.

Finalmente concluyó el cónclave, y Zul'jarra pudo regresar a sus aposentos. Los aposentos de la jefa de la tribu. Con toda la commoción del funeral y del cónclave, no había tenido oportunidad de hacer nada más que cambiarse de ropa. Pero ahora...

En la quietud posterior, contempló los adornos que habían pertenecido a su madre, mezclados con sus propios enseres.

Aquello no estaba bien. Ella no debería estar allí. ¡Aquel era el lugar de su madre, aquellas eran sus cosas! ¡No tenía derecho! Ella...

Una carga se había posado sobre Zul'jarra en la arena. Una carga que se hacía más pesada con cada paso de la procesión fúnebre. Más pesada aún con cada elogio o condolencia, recordándole la cruda realidad de que su madre ya no estaba con ellos. Y todo por su culpa. Más piedras alrededor de su cuello que la arrastraban hasta que finalmente se derrumbara.

En algún momento, Zul'jan se unió a ella en la oscuridad. Ral'ji también se acercó, en silencio, para acompañarla. Finalmente, Zul'jarra logró articular las palabras suficientes para pedir que la dejaran sola.

La noche se prolongó hasta que llamaron a la puerta.

Zul'jarra no respondió.

Pero la puerta se abrió de todas formas.

Kinduru entró con algo en las manos. El hacha de su madre.

—Ahora es tuya —murmuró el portavoz con una voz cargada de emoción.

—Mmm.

La dejó sobre la repisa de la chimenea, donde Zarama solía tenerla.

—Lo que ha pasado no es culpa tuya, Jarra —comenzó Kinduru.

Un leve gruñido brotó de su pecho. No quería hablar de eso.

El portavoz debió de darse cuenta, porque dudó antes de aclararse la garganta y continuar:

—Zarama conocía los riesgos y, aun así, siguió adelante. Se ofreció a luchar en tu lugar, como habría hecho cualquier madre.

Las lágrimas brotaron al instante. Siguiendo las huellas que ya manchaban su rostro, imitaban cruelmente las líneas que su madre había pintado solo unos días antes.

—Ya llevas una carga muy pesada. —Kinduru se arrodilló y se inclinó para apoyar suavemente su frente contra la de su sobrina—. Ella no querría que acarreas también esta otra.

Zul'jarra se abrazó a su tío y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Los dos se han ido!

—Lo sé —dijo, y la abrazó con fuerza mientras su cuerpo temblaba.

Sus puños golpeaban los hombros y la espalda de su tío.

—¡Cómo han podido abandonarme!

—Suéltalo todo, Jarra —añadió con voz quebrada entre sus propios jadeos temblorosos—. Suéltalo todo.

La dejó llorar, maldecir, escupir y pelear; sin soltarla ni un solo momento.

Cuando la tormenta que se había desatado en su interior amainó, Kinduru la ayudó a ponerse en pie y la abrazó por última vez. Aún quedaba mucho por hacer, y ya se hablaba del descontento de los Vilrama.

El portavoz se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo al oír que Zul'jarra la llamaba.

—Tío.

—¿Qué?

Sus ojos se posaron en el hacha de Akil'zon, que yacía en el suelo después de que ella la subiera tirado al suelo tras regresar de la arena, con la sangre de Kol'anji seca en el filo de la soja.

—Aparta esa cosa de mi vista.

Kinduru frunció el ceño.

—¿Estás segura? Podríamos ponerla...

—No.

—¿Después de todo por lo que has pasado para ganarte la bendición de Akil'zon? —preguntó su tío, más ceñudo aún—. ¿La vas a abandonar así, sin más?

—¿Bendición? —dijo Zul'jarra entre carcajadas suecas—. Esa cosa es una maldición. No la quiero cerca de mí.

—Pero los loa...

—¡Recé a Akil'zon en el templo! —La furia le subió por la garganta hasta golpearla en la parte posterior de los dientes—. ¡Y qué hizo por mí, eh? Me envió para ver morir a mi madre. Para que llegara demasiado tarde para salvarla. Los loa no estuvieron ahí para mí, ni para ninguno de nosotros. Pero mi madre sí. ¡Y por eso será su hacha la que empuñe!

Temblaba de rabia, pero de alguna manera sus palabras se mantuvieron firmes.

—Aléjala de mi vista.

Kinduru hizo una profunda reverencia.

—Como deseas, jefa.